

CAPITULO IV

CIVILIZACIÓN DEL PERÍODO NEOBRACMÁNICO

CUADRO DE LA SOCIEDAD INDA HACIA EL DÉCIMO SIGLO DE NUESTRA ERA

1.º — ELEMENTOS DE RECONSTITUCIÓN DEL PERÍODO NEOBRACMÁNICO

El período que vamos á reconstituir ahora comienza hacia el octavo siglo de nuestra era, cuando el budismo casi desapareció completamente. Después de haber reinado mil años sobre el suelo de la India, la religión de Buda perdió su imperio sobre las almas; y por el hecho solo de que la religión antigua muriera podemos presentir que la sociedad cambiara. La creencia que reemplazó al budismo es el brahmanismo de las antiguas edades, pero profundamente modificado por el culto á que substituyó.

En la época á que llegamos ahora, la constitución política que había favorecido la propagación del budismo, es decir, la reunión de la mayor parte de la península bajo un solo señor, ha desaparecido hace largo tiempo. La India se ha dividido en numerosos pequeños reinos, monarquías absolutas, independientes y de ordinario rivales.

Desde el punto de vista puramente histórico, el período estudiado en este capítulo y que se extiende desde el siglo VIII al siglo XII de nuestra era, ó sea desde la desaparición del budismo hasta la época de las invasiones musulmanas, es de los más oscuros. Sin los monumentos que nos denuncian el esplendor de los reinos que florecieron entonces, sabríamos muy poca cosa. Edificios en ruinas, algunas raras inscripciones, algunas monedas, obras literarias absolutamente sin cronología, he aquí los únicos documentos que han quedado de ese período. Bastan sin

embargo para probar que esa edad nueva no fué menos brillante que la que la había precedido.

Los elementos de reconstitución de la sociedad inda hacia el siglo X de nuestra era son, pues, escasos; permiten con todo reconstituir las grandes líneas de la civilización de que vamos á emprender el estudio.

Los documentos más importantes de este período son los maravillosos monumentos de que está cubierta la India y que no ceden en nada á los de los primeros siglos de nuestra era. Ha podido verse en nuestro anterior capítulo de cuánta claridad son esos libros de piedra que abren sobre el suelo de la India sus páginas gigantescas. Unicamente por ellos podemos darnos cuenta de la transformación profunda que sufrieron las religiones de la India. Las creencias nuevas que vamos á estudiar están constituídas por la base de las antiguas doctrinas sobre las que el budismo había obtenido durante muchos siglos la supremacía. La religión primitiva reaparece, pero profundamente modificada, de una parte por el budismo, y de la otra por el espíritu de las nuevas generaciones. Esta religión, llamada neobracmánica, es la que reina aún hoy; es siempre la religión oficial de la mayor parte de la India moderna. La práctica la ha transformado sensiblemente; pero los dogmas en sí mismos no han cambiado. Estudiándolos tales como hoy se nos presentan, podemos saber con poca diferencia lo que fueron allá hace ocho siglos.

La religión de esta época nos es, pues, suficientemente conocida por los monumentos y por los libros. Los monumentos nos proporcionan igualmente documentos preciosos sobre el estado de la civilización inda en los siglos que precedieron á la invasión musulmana: no nos dan desgraciadamente sino escasas noticias sobre las instituciones políticas y sociales de este oscuro período durante el cual la India acababa de elaborar las costumbres y las creencias que aún hoy presenta.

A falta de indicaciones que no proporcionan ni los monumentos ni los libros, no nos queda más que un medio de represen-

tarnos la constitución política y social de la sociedad inda de esta época, el de averiguar si no quedará en la India alguna región preservada por su aislamiento á toda influencia extranjera y que haya conservado sin alteración sensible la organización de las antiguas edades.

Afortunadamente para nosotros esta región existe, y podemos estudiar su organización precisamente en el instante en que está en camino de desaparecer. Fuera de algunas partes del Dekkán habitadas por razas más ó menos inferiores, no se encuentra en la India entera más que una sola comarca que por su situación geográfica y el carácter independiente de sus habitantes se haya sustraído á las influencias extranjeras y haya conservado sin alteración sensible sus antiguas instituciones y sus costumbres. Esta región es la vasta comarca montañosa que hemos descrito bajo el nombre de Rajputana. Es la única parte de la India gobernada aún por los descendientes de sus antiguos reyes, la única cuyas instituciones primitivas se han conservado á través de las edades y presentan los rasgos visibles de un pasado lejano. Estudiando esas instituciones tales como se ofrecen aún al observador, tendremos, pues, todas las probabilidades posibles de obtener un cuadro fiel de la organización de los reinos de la India, habitados por poblaciones arias, hacia el siglo x de nuestra era.

2.º — LA CIVILIZACIÓN INDA HACIA EL DÉCIMO SIGLO DE NUESTRA ERA

Si pudiésemos juzgar de la civilización inda de los siglos VIII al XII de nuestra era por el desarrollo de sus artes, desarrollo revelado por los grandes monumentos que nos quedan de esa época y por algunas obras literarias, la compararíamos de buen grado con la civilización europea hacia el fin de la Edad media. El arte alcanza entonces en la India su apogeo; los maravillosos monumentos de Khajurao, del Monte Abu, etc., que examinaremos en otra parte, valen por nuestras más hermosas produc-

ciones del arte gótico; son obras espléndidas que no pueden nacer sino en el seno de una nación rica, culta, fomentadora de las artes y pródiga en grandes artistas. La fecha de los monumentos de esta época nos es perfectamente conocida. Son relativamente numerosos en el Norte de la India, desde el Rajputana á las costas de Orissa, y forman en definitiva los más seguros documentos que poseemos. Las obras literarias — dramas y poesías — son igualmente notables; pero no hay que fiarse mucho de ellos, pues es difícil frecuentemente saber, con siete ú ocho siglos de diferencia, en qué época se los escribió. Si consideramos, sin embargo, que en un país que cambia tan poco no importan los siglos á veces apenas más que los años, podemos tomar de los libros algunas noticias, limitándolas por otra parte á generalidades, que comprobaremos en seguida en fuentes más seguras.

Aunque pueda decirse de las grandes epopeyas indas, el *Ramayana* y el *Mahabharata*, que son de todas las edades, pues fueron retocadas y completadas por adiciones sucesivas durante una decena de siglos, su fondo principal es probablemente muy anterior á nuestra era, y no nos proporcionaría, por consecuencia, datos aplicables con seguridad á la época de que nos ocupamos. Los únicos á que es permitido recurrir se hallan sobre todo en las obras de teatro, principalmente las de Kalidasa y de Sandraka. La fecha exacta de su producción es desconocida, pero parece averiguado que fueron posteriores al siglo I de nuestra era y anteriores al x: por otra parte, en lo que tomaremos de ellas no hay nada que no esté conforme con lo que podemos deducir del estudio de otras fuentes. Nos limitaremos á tomar de esas obras la descripción sumaria de una gran ciudad inda y de la sociedad inda. Esta descripción se encuentra precisamente en el drama de Sandraka *El carretón de tierra cocida*, que pasa en Ojein, capital del Malwa, cuyos monumentos están hoy en ruinas. La pintura de los palacios, de las casas y de los templos da la idea del lujo más deslumbrador. No puede parecer exagerado á los que han visitado los monumentos de

Gwalior, de Khajurao y del Monte Abu. El autor desenvuelve á nuestra vista un mágico cuadro de palacios de mármol esmaltados de piedras preciosas, cuyas salas están guarnecidas de lazos de oro llenos de diamantes, de arcadas de marfil esculpido, y en que los muros están rodeados de jardines llenos de brillantes flores y de bancos sombreados. Nos habla de templos majestuosos reflejados en las aguas del río, abrigando santuarios misteriosos poblados de sacerdotisas sin velos, cuyos tobillos y brazos, rodeados de aros de plata y de oro guarnecidos de sonoros cascabeles, agítanse armoniosamente cuando ellas bailan delante de los dioses.

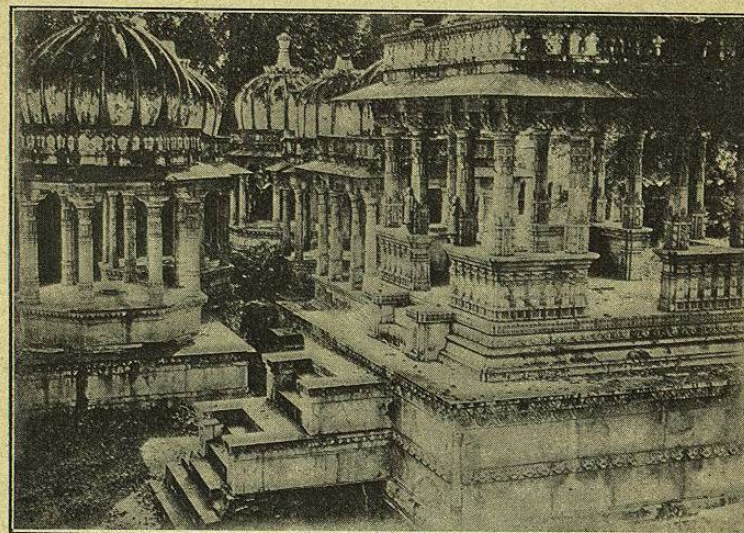
Una de las más ricas residencias de la ciudad es la de Vasantasena, la gran cortesana, uno de los personajes más importantes de la ciudad, pues entonces las cortesanas representaban en la India un papel tan importante como en la sociedad griega en tiempo de Pericles. La descripción de su casa, de que tomo el resumen en el texto de M. Soupé, haría aparecer bastante mezquino el lujo de nuestras más ricas cortesanas modernas.

«Ocho patios diferentes, elegantes mosaicos, brillantes tapices, arcos incrustados de marfil y adornados con banderas, columnas sosteniendo vasos de cristal, centelleantes lazos de oro, pabellones pintados, escaleras de mármol, ventanas guarnecidas por cordones de perlas; en las cuadras bueyes, búfalos, carneros, caballos, monos y elefantes; mesas de juego donde viene á sentarse lo más escogido de los libertinos de Ojein; músicos de todas clases, cantantes, bailarines, actores, lectores, todos al servicio de la dueña; vastas cocinas en actividad constante, que ofrecen al goloso Metreya una imagen del paraíso de Indra; tiendas de perfumería y talleres de joyería, que dependiendo de la casa forman como un bazar; un ejército de criados ó de parásitos que hablan y ríen juntos, mascan almizcle ó betel y beben licores fuertes; fuentes de agua azafrañada, doradas pajareras en que se agitan papagayos, grajos, cuclillos, perdices, codornices, pavos reales, cisnes; un verde parque donde están suspendidos columpios de seda.»

La sociedad, tal como la encontramos en Ojein, descansa, como en el tiempo de Megasthenes y como en nuestros días, sobre el régimen de castas. Las profesiones son hereditarias y forman toda una jerarquía complicada, á la cabeza de la cual se hallan siempre los brahmanes. Entre estos últimos se encuentran asce-

tas; pero también elegantes vividores que viven alegremente, grandes aficionados al placer y las mujeres hermosas, género de vida en que nada sufre, por otra parte, su consideración en la sociedad.

El soberano es siempre un rey absoluto, cuyo poder supremo no está atemperado sino por las conspiraciones que sin cesar le amenazan y de que los kchatryas que le rodean no siempre lo-



ODEYPUR. — Cementerio real

gran preservarle. La justicia parece estar administrada con bastante equidad, á condición, sin embargo, de que una de las partes no sea un personaje demasiado alto, en cuyo caso, en la India como en Europa, es generalmente el derecho del más fuerte el que triunfa.

Una enumeración que figura en el prólogo de la pieza, prólogo compuesto, por lo demás, en una época posterior, nos enseña cuáles eran los conocimientos más estimados; un rey se envanece de su conocimiento de los *Vedas*, de las matemáticas y las bellas artes y de su talento para educar elefantes.

Podemos representarnos bastante bien, si no por el drama pre-

cedente, al menos por otros relatos indos del período bramánico, principalmente los *Treinta y dos relatos del trono encantado*, cuáles eran las ocupaciones diarias de un rey, y por consecuencia, de los grandes señores, que procuraban naturalmente imitarle.

Despertado por la mañana al son de los instrumentos, se entregaba desde luego á prácticas religiosas y á liberalidades. Después de dedicar algunos instantes al manejo de las armas, reunía sus ministros y despachaba los negocios.

Hacia el mediodía hacía una comida precedida de invocaciones religiosas y seguida de una siesta. En seguida daba un paseo por los jardines del palacio, rodeado de sus mujeres y bayaderas, cogiendo flores, cantando y meciéndose en columpios de seda, etc.

A la tarde, nuevos actos religiosos, comida y distracciones que consistían en canto, danzas y música hasta la hora en que el soberano se retiraba al interior del harén.

La religión oficial de la ciudad de Ojein, según *El carretón de tierra cocida*, es el brahmanismo. El budismo existe aún, pero no aparece apenas sino como secta de monjes mendicantes; lo que parece probar bien que la pieza no tiene la antigüedad que se la supuso, sino que se remonta sólo á la época en que el budismo declinaba, es decir, del séptimo al octavo siglos. La tolerancia entre los diferentes cultos parece completa.

No tenemos, por lo demás, necesidad de ningún libro para saber cuál era la religión de la India hacia el siglo x de nuestra era: los templos de esa época nos lo dicen claramente. El budismo había desaparecido y había sido reemplazado por el antiguo brahmanismo.

Grandes divinidades muy borrosas en el brahmanismo primitivo, tales como Siva y Vishnu, se han convertido en predominantes y comparten entre sí los templos. Esas divinidades bramánicas tienen, con todo, por rivales los dioses del jainismo, secta muy análoga al budismo y que debió representar en el siglo x un papel importante, á juzgar por la magnificencia de

sus templos. Jainismo, sivaísmo y vishnuísmo vivían en perfecta inteligencia y tenían una importancia igual, como lo prueba el hecho, que puede comprobarse hoy en las ruinas de Khajurao, de que sus templos, de la misma importancia, se elevan al lado unos de otros como en Europa las iglesias dedicadas á diferentes santos.

No nos extenderemos más sobre la religión inda en el siglo x de nuestra era; tiene demasiada analogía con la religión actual de la India para que se separe su estudio. Remitiré, pues, al lector al capítulo consagrado á esta última en otra parte de esta obra.

Después de esta simple ojeada sobre las partes exteriores de la antigua civilización inda, del octavo al dozavo siglos de nuestra era, vamos á intentar penetrar en la constitución política de la mayor parte de la India aria en esa época. Tomaremos por base de este trabajo, como hemos dicho más arriba, la constitución de los únicos Estados que han conservado esta antigua organización, es decir, los del Rajputana.

3.º — CONSTITUCIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LOS REINOS DE LA INDIA ARIA HACIA EL DÉCIMO SIGLO DE NUESTRA ERA

El país que se extiende entre el Indo, la península de Kattywar, el Chambal y el Ganges y que lleva el nombre de Rajputana, está cubierto en su mitad occidental por el desierto del Thar y en su mitad oriental por alturas áridas y selváticas de que la cordillera de los Aravulli forma la arista culminante. En esta región montañosa es donde se han mantenido casi absolutamente independientes hasta nuestros días los supuestos descendientes de los kchatryas arios, los rajputes ó hijos de reyes.

Forman la raza más hermosa y probablemente más pura de la India. Su alta estatura, sus rasgos regulares, su piel generalmente bastante blanca, la altivez de su fisonomía, la magnificencia de sus vestidos y de sus armas, les hacen dignos de ser comparados á aquella brillante caballería de la Edad media que